

—Perdonadme, señor mío, dijo aproximándose al castellano: pero la paciencia no es mi virtud, y la cólera turba la vista, tomándose á veces un faisán por un milano. Además, añadió con una sonrisa un poco irónica, el vestido que ahora lleváis ha podido ayudar á mi equivocación: la tela no es de las mas finas, ni cortada á la última moda.

Ansures se ruborizó ligeramente, pero sin guardar rencor al caballero, bastante escusable en efecto de haberse

dor—aceptó á todo riesgo el convite. Aguardaba sus pajes y criados que le seguían á cierta distancia con sus equipages, y desde el castillo tendría tiempo y ocasión de verlos llegar cuando pasasen, porque mejor que al aire libre le convenía el aguardar dentro de la casa.

Cogió, pues, por el diestro su caballo, que inmediato pacía la verde yerba de un fresco prado, y los dos jóvenes, ya compañeros, pasaron juntos el dintel de la puerta del castillo.



Ansures y los soldados bebiendo en su taberna al marchar á la guerra.

dejado equivocar. Como caballero que sabe su deber propuso admitirle en su casa para aplacarle aquella terrible sed que sufría, escusándose anticipadamente de la corta hospitalidad que le ofrecía, en atención á que todos sus criados se hallaban ausentes de la casa por una causa ó por otra.

Don Pedro de Vargas—tal era el nombre del alborota-

SEGUNDA SERIE.—4836

—¿Qué es esto? preguntó Vargas volviéndose hacia su derecha, y deteniéndose á examinar cuidadosamente un largo lienzo de pared bien trabajado, que se adelantaba en forma de rotonda hacia el castillo que estaba al frente. Diríase que este era un bastión subterráneo, ó alguna torre mágica edificada por Melusina, la muger-serpiente.

AÑO XIV. 23

—Mi bisabuelo, respondió Ansurez, á su vuelta de las guerras de Granada hizo construir esta torre, á imitación de las que allí había visto en el palacio del califa. Ese califa en los calores demasiado fuertes se retiraba allí con sus sultanas.

—Malditos sean los califas y su modo de alojar á las sultanas. Nuestro rey don Juan II á sus queridas las tiene mejor.

—Sin embargo, esta construcción es extraña, y merece conservarse.

—Os será preciso, caballero, reparar con cuidado los cristales que están cayéndose, y todos desplomados. En el estado que se encuentra vuestra torre que me ahorquen entre dos perros como un judío si consentiría dejar mi caballo una sola noche ahí dentro. Pero á propósito de mi caballo, continuó, ¿tendréis la bondad de darle un lugar en vuestras cuadras?

—No tengo mas que una sola cuadra, dijo Ansurez, y allí estará cómodamente espero, porque no tengo mas que un caballo.... sí, nada mas que uno, para mi servicio particular, añadió el pobre castellano con un sentimiento de vergüenza.

—¿Uno solo? ¿de veras? Será un corcel andaluz de los mejores que pueda haber para la carrera.

—Vais á verlo, dijo Ansurez comprimiendo un suspiro. Entraron en la cuadra: estaba vacía.

Entonces recordó Ansurez que su mayordomo Patacorta había debido servirle del caballo, y que en aquel momento su hermoso corcel andaluz arrastraba una arreta en el mercado de Olmedo. Aquella vez su rubor pasó á un encendimiento pronunciado.

Aun no había llegado al fin de sus trabajos.

Cuando entró con su huésped en el gran salon mas adornado y mejor de su castillo, mas comfortable como diríamos hoy, este hizo observaciones sobre la desnudez en que se hallaban las paredes; le aconsejó que pusiese colgaduras y tapiçes, tales como los que entonces se veían en todas las buenas casas y castillos; y que sobre el suelo de grandes losas, apenas cubiertas con una mala estera, le parecia mas conveniente que hiciese poner esteras árabes de junco, mas suaves y menos duras para los pies. Examinó despues el conjunto; las alhacenas de encina, con su vajilla de estaño, que aunque muy limpia toda y bien conservada, le pareció demasiado modesta. Sin dar en un lujo exagerado, el señor Ansurez no podia proporcionarse esas estanterías magníficas que entonces se usaban de forma gótica. Las sillas eran tristes á la vista y duras al tacto; y mas parecían propias de un convento de monges que de un castillo de un rico-hombre.

Por la primera vez padecía Ansurez en su orgullo y en su pobreza, pero se contenía porque el forastero era su huésped. Sin embargo, cuando prosiguiendo en su examen llegó éste á criticar una imagen en cera de la Virgen, adornada de encages y de dorados, y que figuraba en la chimenea entre una vela y un ramo bendecido, no tuvo ya fuerza para contenerse mas, porque con grandes razones era devoto de la Reina de los Angeles. Así es que dando una patada no pudo menos de incomodarse.

—¿Qué os da, señor mío? dijo Vargas dispuesto á encolerizarse á su vez.

—¡Por la muerte de Mahoma! Hace poco decíais que os

estábais abrasando de sed, y ahora no parece que os ocupais mas que en inventariar mi miseria.

Vargas hizo un movimiento como para disculpar su intención.

—¡Paz! prosiguió Ansurez, dejadme tiempo de responder. Si soy pobre, eso á nadie le importa sino á mí; y no me avergüenzo de ello; pero ¿habeis hablado mal de la Virgen!

—Un instante, compañero; no de la Virgen.... sino de ese horrible pedazo de cera que no es digno de representarla. En cuanto á la Reina del cielo, la honró tanto como podeis hacerlo vos. Yo mismo tengo su imagen á la cabecera de mi lecho, pero sobre un esmalte de Leon, y muy finamente iluminado, y muy bien puesto en un cuadro de plata.

—Vamos, dijo Ansurez; y colocó sobre una mesa dos vasos y dos jarros.

Vargas, aunque repentinamente atacado de la sed, probó lentamente el vino, y despues se detuvo.

—¿No teneis otro?

—No; ¿no es de vuestro gusto?

—Es excelente.

Y con una perfecta cortesía concluyó de beberse el vaso de un trago.

—Lo encuentro bueno, muy bueno, replicó en seguida despues de haber hecho un ligero gesto; pero ¿no habeis jamás pensado en dejar fermentar en algunos toneles una mezcla de miel y pez resina?

—Nunca, respondió bruscamente Ansurez.

—Pues sería mucho mejor.

El honrado castellano de Olmedo comenzaba ya á disgustarse de su huésped: su critica como sus elogios no podia ocultársele que estaban amalgamados con cierto desden é ironía, como su vino predilecto con miel y resina: examinó aquel brillante doncel, cuyo aire noble é insolente anunciaba el hábito de la autoridad y la frecuencia de la corte: cuyo traje de camino, aunque sencillo en la apariencia, hubiera sido para él un vestido de gala: cuyo fresco rostro sobresalía tan bien entre su cuello de fina tela y su gorro de terciopelo: cuya cintura se dibujaba elegantemente bajo su corpiño de la misma tela, y su rico cinturón dorado: el doncel á la vista de todo esto no pudo menos de sentir un movimiento de celos y casi de odio. Disponíase ya á despedirle bastante políticamente, pero con viveza si le fuese posible, cuando una palabra de este de repente cambió todas sus malas disposiciones.

—Sostengo que esto vino puede mejorarse, decía su huésped prosiguiendo en su tema. El de la Roda no vale mas... Perdonad, le es inferior en color y en sabor.... ve ahí lo que yo os queria decir.... Sin embargo, con una mezcla de mirto y de aloe se convierte en nectar, y es cosa que nos lamemos los labios al beberlo cuando volvemos de nuestras cacerías con el señor de Mendoza.

—¿Conoceis al señor de Mendoza, exclamó Ansurez, el hijo del señor Coellar y de Sepúlveda?

Hubiera podido añadir el hermano de doña Sol, que era el mejor título á sus ojos; pero se contuvo.

—¿Que si conozco á Mendoza! El año pasado vino á habitar por dos meses en mis dominios, y á pasar el tiempo alegremente: por cierto que se llevó una buena cantidad de maravillas que me ganó á los dados; es un excelente compañero. ¿Si le conozco! Es mi mayor amigo.

—También lo es mío.

—¿De veras? Pues entonces á su salud!

Esta vez chocáronse los vasos, y se vaciaron inmediatamente sin gestos por un lado, ni malos tratamientos por el otro. El nombre de Mendoza había hecho desaparecer todo sentimiento de antipatía. Volviéronse á llenar los vasos de nuevo, y se bebió á la salud del señor de Cuellar, despues á la de la castellana y sucesivamente á la de cada uno de sus demas hijos.

Solo el nombre de doña Sol no fué pronunciado en medio de aquellas copiosas libaciones.

Un poco acalorado por el vino, á pesar de que no estaba mezclado como aconsejaba Mendoza, Ansúrez, sin duda para realzarse á los ojos de su huésped, le hizo las confidencias de su ilustre origen.

Era nieto de Pedro Ansúrez, poderoso rico-hombre de Castilla que en los tiempos de don Juan I había ocupado una alta posición en la corte de Valladolid, y tenido el título de señor, conde de Olmedo. En el reinado de Enrique III había sido su padre uno de los partidarios de los regentes Villena y arzobispo de Toledo, y cuando había entrado en la mayor edad este rey había sido perseguido con sus protectores y privado de gran parte de sus propiedades, y de aquí provenia la triste situación en que se hallaba su hijo, el héroe de nuestra leyenda. Así el nieto del poderoso conde de Ansúrez se veía desposeído de los bienes de sus antepasados, y como heredero de estos poderosos señores tenia que contentarse con el simple título de señor de Olmedo.

Cuando Ansúrez terminó su relación, mezclándola con algunas espresiones de dolor, le dijo Mendoza:

—¿Qué pensáis hacer para salir de vuestro estado? Creedme, debeis casaros con alguna rica viuda que os dé sus feudos á guardar.

—No tenga corazón para viudas, replicó Ansúrez echando una mirada á la imagen de la Virgen que había sobre su chimenea, cual si la Virgen fuese su confidente y pudiera comprenderle.

—A fé de caballero, yo tampoco me cuido de las mugeres de segunda mano. No quiero que aquella con quien me case haya llevado mas nombre que el de su padre: y entre nosotros, compañero, puede hablarse con confianza; cuando haya hecho la guerra aun dos ó tres años contra los moros, creo que habré logrado el corazón de la muger á quien amo.

—¿Es bonita?

—Linda, bella, graciosa y magestuosa, cuanto puede serlo una criatura.

—¿Pues entonces á su salud!

Y cuando hubieron llenado los vasos hasta arriba,

—¿Se puede saber el nombre de la dama á quien habeis consagrado vuestro corazón? añadió Ansúrez levantando el vaso para brindar por ella.

—¿Sereis discreto?

—Os lo juro.

—Pues bien, es doña Sol de Mendoza, y hermana de mi amigo á cuya casa voy en este momento.

Y Vargas alargó su vaso para tocarlo con el de su huésped, pero no encontró nada. El vaso de este se acababa de romper entre sus manos, y el vino inundaba la mesa.

Vargas miró á Ansúrez que estaba pálido y estremecido todos sus miembros: soltó una carcajada.

—¡Vaya un negocio, un vaso roto!

No vió en esto otra cosa.

En aquel momento se oyó fuera del castillo ruido de mulas y de caballos, levantóse á mirar Vargas. Eran sus pages y sus criados que venian con sus equipages, volviendo inmediatamente con ellos.

—Perdonad, mi querido huésped, le dijo, pero no es decente presentarse delante de las damas en traje de camino ¿Me permitís que mude de vestido? Sin vuestra generosa hospitalidad hubiera tenido que hacerlo detrás de un árbol en algun bosque.

Sacaron sus pages los cofres y una jarra y palangana de plata, y frascos de aguas de olor; se lavó las manos y el rostro, se perfumó la barba y los cabellos y se puso un hermoso vestido de seda y de terciopelo encarnado que le sentaba á las mil maravillas. Despues calzó sus piernas con unas magníficas calzas de gamuza y cubrió su cabeza con un ligero casco adornado con una pluma ondulante.

Mientras arregló su traje el corazón de Ansúrez se hallaba lleno de un pensamiento. No vió, tan preocupado estaba, cuando Vargas se despidió de él.

Sumergido en aquel estupor y aturdimiento, permaneció sin moverse aun algunas horas; á tal punto que sus criados le dirigian la palabra y no les respondia: parecia que se habia convertido en una estatua de piedra. Al fin al amanecer volvió en sí.

Dando entonces un grito de rabia,

—¡Ah, con que es ese Vargas, dijo, ese atrevido, ese insolente!... Bien sabia yo que le aborrecia desde el momento que le vi. Pero por la sangre de mis venas no se casará con doña Sol; quiero ser rico como él, poderoso como él. Aunque me sea preciso reunir una banda de hombres intrépidos, saquear los castillos, las iglesias, como han hecho en otro tiempo los señores de castillos: saquearé, mataré hasta que el rey me haya devuelto los bienes que su padre robó al mío, y á mas mi título de conde de Olmedo....! Doña Sol me pertenecerá, yo desbancaré á ese Vargas *aunque deba entregar mi alma al diablo*.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, cuando parecieron agitarse todos los muebles y estremecerse las paredes del salón del castillo. Cayó una cosa en tierra con un sonido extraño sin que pudiera adivinar hácia qué parte, ni lo que era.

Mirando entré la oscuridad por todas partes vió á Patacorta en el mayor desorden que venia con una lámpara encendida en su trémula mano.

—Mi amo, dijo el mayordomo con una voz triste y ahogada, no sé lo que sucede, alguna gran tormenta amenaza; no parece sino que todos los diablos andan sueltos.

—Cállate, visionario, tu razón está perturbada y no puedes sostenerte sobre las piernas; nada se ha oído, le dijo Ansúrez que trataba de disimular su propio terror reprendiendo el de su criado.

—No seais incrédulo, mi señor, el infierno amenazará á alguien en este país; pero, añadió el honrado mayordomo suspirando con mas facilidad, pero no sobre vos ni sobre mí, que somos buenos cristianos. Además, el demonio no tiene derecho sobre nosotros sino cuando cometemos algun crimen, y yo me atreveria á afirmar....

Aquí le interrumpió su amo que sin articular una palabra le acababa de arrancar la lámpara de las manos. Aguardó en vano la respuesta de Ansúrez, que preocupado con el ruido que había oído cerca de él, como de caer alguna cosa sobre las losas del suelo, miró á todos los lados. Su Virgen de certa desprendida de la chimenea se había hecho mil pedazos.

Lanzó un profundo suspiro, y con lágrimas en los ojos recogió sucesivamente los fragmentos, los besó uno por uno, hizo la señal de la cruz y los encerró en un armario cerca de un libro de oraciones que le había legado su madre.

Juan Pedro Ansúrez durmió poco durante aquella noche. La pasó toda entera pensando en los medios de ser rico y de impedir á Vargas casarse con doña Sol de Mendoza; pero como no pensaba ya en recurrir á medios reprobados, que había invocado en un momento de olvido de sí mismo, no encontró nada.

A la mañana siguiente cuando se paseaba meditabundo en el parque de su castillo, oyó á muchos soldados en la especie de ventorrillo que había fuera, cantar diversas canciones con la mayor alegría. Eran soldados que marchaban hacia Castilla para guerrear con los moros que en aquella época adelantándose de Andalucía venían á atacar las tierras reconquistadas por los cristianos.

Entonces encontró el medio que vanaamente había buscado toda la noche.

No vaciló en vender cuanto poseía de sus tierras, y hasta un derecho de pasaje que tenía en un camino cerca de Olmedo en el que tenían que abonarle un tanto los mercaderes y viajeros que por él pasaban. Además pidió una cantidad á un viejo usurero hipotecando el desmantelado castillo de Olmedo, que era cuanto poseía. Cuando vió en su escarcela algunas monedas de oro y plata, producto de la venta de cuanto tenía, tomó sus armas y montando á caballo se decidió á marchar á Andalucía á hacer la guerra á los árabes, soñando volver antes del término en que debía casarse Vargas, rico, poderoso y tal vez señor y conde de alguno de los lugares que se proponía conquistar con su valor.

Bien equipado, con una blanca pluma en el casco, y el escudo cubierto con una banda oscura en señal de que no estaba en posesion de su título, Juan Pedro Ansúrez la víspera de su partida, se presentó ante el conde de Cuellar y señor de Sepúlveda, de quien dependía, el cual le armó caballero. Vargas, otros señores y algunas damas de alto linaje, asistieron á su recepcion; pero entre ellas no veía á la que su corazón buscaba, y esto le contristó mucho. Despues de armarle caballero entró doña Sol con un largo vestido de terciopelo blanco, corpiño de armiño y aldetas caidas sobre las caderas, llevando un hermoso velo blanco, que de lo alto del peinado la caía sobre todo el cuerpo, dándole un continente y aire magestuoso. Ansúrez, que no la esperaba, recibió de ella una profunda reverencia. La halló mas hermosa que nunca, y usando de su derecho de caballero, hincó la rodilla y la ofreció traerla de Granada un árabe que hubiera él mismo aprisionado en los combates, poniendo por testigo de su juramento al conde de Cuellar, su señor y amigo, y á todos los que allí estaban presentes.

Un murmullo de aprobacion circuló por toda la concur-

rencia. Las damas se felicitaban de que aquel hermoso y apuesto doncel siguiese la costumbre de honrar de este modo á su sexo. Doña Sol solo permanecía muda, sin fijar apenas su vista en él, contentándose con hacerle una cortesía mas fría y mas indiferente que la primera, mostrando siempre su aire altivo y casi desdenoso.

El buen caballero Pedro Ansúrez la siguió algun tiempo con la vista, diciéndose á sí mismo, que ni aun la misma reina de Castilla podia tener un aire mas magestuoso.

Al dia siguiente, con tres caballos y Pata-corta por escudero, tomó el camino de Andújar, donde estaba el grueso del ejército castellano.

Los moros eran dueños de la mayor parte de Andalucía y de parte de la Mancha. Pedro Ansúrez pasó el primer año en combatir en diversas acciones parciales, pero sin poder conquistar jamás los feudos y señoríos con que había soñado al salir á campaña.

El año siguiente fué mas ventajoso para él. Tuvo ocasion de distinguirse y adquirir gloria batallando con los moros en los campos de Jaen; pero en un encuentro quedó vencido por estos, y lo que es mas, gravemente herido.

Su escudero Pata-corta le sacó de enmedio de la refriega, le curó, y á fuerza de cuidados, logró devolverle la salud. Sus recursos se agotaban. En su escarcela apenas había algunas monedas de plata. De sus tres caballos dos habían muerto, y el que sobrevivía estaba cojo como el pobre escudero, que se vió precisado á seguirle á pie. Juan Pedro Ansúrez cayó en una triste melancolía, y de pacífico y razonable que era, se hizo quimerista y colérico.

Pata-corta, continuando su papel de médico, le aconsejó volverse á Castilla. Colérico el caballero, á punto estuvo de darle de golpes; pero agravándose el mal, tuvo que someterse á la receta, y tomó la vuelta para Castilla.

Estando un dia en la inmediacion de un pueblo, aguardandola hora de marcharse montado sobre su caballo, paseando por los alrededores para distraerse de los tristes pensamientos que le acongojaban, no sabiendo cómo presentarse ante doña Sol sin llevarla el árabe que la había prometido con juramento delante de todos, vió llegar á él un moro, que sin duda por la necesidad vino á colocarse delante de él á pedirle un socorro.

—¡Retírate! le gritó Pedro Ansúrez luchando contra la tentacion que le ocurría de apoderarse de él violentamente. ¡Retírate, pagano!

—Caballero, la caridad está mandada igualmente á los cristianos y á los musulmanes, replicó el mendigo, y levantando su mano con aire humilde para pedir una moneda, tocó con el dedo el freno del caballo, que hizo un ligero movimiento hacia atrás.

—¡Miserable! exclamó Ansúrez aprovechando la ocasion para abandonarse á su mal pensamiento. ¿Tratas de derribarme del caballo para robarme ó matarme tal vez? Pues bien, yo defenderé mi vida, defiéndete.

Echó pie á tierra y marchó con la espada levantada hacia el pobre moro, que poniéndose de rodillas le pedía perdon.

—Confiesa que atentabas á mi vida.

—Juro por Mahoma...

—No blasfemes, idólatra... Quiero tener compasion de ti si te rindes prisionero... si no ¡ay de ti!

Viendo á los rayos de la luna blandir y brillar sobre su cabeza la espada del caballero, asustado el árabe, con la frente en el polvo, aceptó todas las condiciones que aquel quiso imponerle, confesó su pretendido crimen, y se reconoció justamente su cautivo, jurando seguirlo donde quisiera llevarlo. En señal de sumisión comenzó á dejarse atar estrechamente el brazo al caballo del que se creía su vencedor.

Al volver á Castilla y al entrar en su castillo de Olmedo, la primer cosa que allí supo Ansures, fué que aquella misma mañana había vuelto Vargas, y que iba á casarse muy pronto con su prometida doña Sol de Mendoza. ¿Era aquel el momento de cumplir su voto yendo á presentar un cautivo sarraceno? No lo juzgó él así. Además, no tenía humor de hacerlo, porque no podía presentarse con su cautivo en el estado de miseria en que ambos se hallaban.

Aquel llevaba sus harapos de árabe, y en cuanto á la armadura del caballero, estaba abollada, cortada en varios puntos, y sobre su justillo de búfalo remendado y ensangrentado, se veía mas el aire de un perdido malandrín que el de un cumplido caballero. Si hubiera encontrado á Sol libre, capaz hubiera sido de vender, para vestirse decentemente, el castillo de sus padres; pero ya no había remedio, porque se habían celebrado los esponsales de doña Sol y del caballero de Vargas.

Pensó, pues, establecerse en su casa lo mejor que pudiese. Ansures había conocido, no solo la pobreza, sino la miseria, la horrenda miseria. No tenía ni sus tierras ni el producto de su peage, ni tenía su barraca donde vender vino, y su escarcela se hallaba vacía, debiendo además cincuenta escudos de oro al usurero judío, por lo que le había dado al tiempo de marchar á la guerra.

¿Cómo había de comer hoy? ¿Cómo había de comer mañana? no lo sabía.

¿Y lo que padecía su corazón? ¡Ah! Sol, Sol, era para él un tormento mas terrible que la miseria.

Por fortuna Pata-corta pensaba mas en las provisiones que en doña Sol, y el buen hombre se dedicaba á aliviar á su amo con el producto de su trabajo.

Eran muy buenos los criados del siglo XIV.

Conmovido con semejante abnegación, el amo le admitió á su misma mesa.

¿Y el sarraceno? ¿Con quién comía? Pedro Ansures, siguiendo las preocupaciones y las ideas de su tiempo, le había prohibido hasta la entrada en su castillo. Bajo ningún pretexto un pagano circuncidado podía entrar en la vida comun con un caballero cristiano.

Lo tenía, pues, en una torre donde Pata-corta le llevaba todas las mañanas su pitanza del día; un pedazo de pan negro, una cebolla y algunas veces un puñado de habas mal cocidas y sazonadas con agua clara. El cautivo, apesar del aislamiento y del frío que sentía en su prision al través de las mal cerradas ventanas, no tenía mal humor. Dormía sobre un monton de pajas, y lo que jamás podría creerse de tan malas comidas, engordó; sin duda el descanso sirve para todo.

Así se pasó el invierno del año de 1444 en el castillo de Olmedo.

Una noche que no podía dormir Ansures porque el frío le molestaba, porque la comida no había sido bastante para

calmar su hambre, y sobre todo, porque al día siguiente debía casarse definitivamente doña Sol con el caballero Vargas, se levantó para tratar con el movimiento de calmar su frío y su hambre. En cuanto al tormento del corazón nada podía calmarlo. Volviéndose hácia la ventana que daba frente de la torre, vió una gran claridad. ¡Oh sorpresa! el cuarto del pagano, sobre el grupo de piedras ennegrecidas por el musgo, se presentaba luminoso; lámparas colgadas del techo disipaban la oscuridad, y sobre una mesa cargada de vasos, de jarras y de platos, brillaban bujías de cera, derramando su luz sobre viandas variadas que exhalaban un apetitoso vapor. Delante de aquella mesa un hombre envuelto en una larga dalmática de terciopelo forrada de piel, se estaba deleitando en todas las voluptuosidades del apetito que puede satisfacerse. Volvió un instante la cabeza hácia el lado del castillo: era el árabe.

Creyó Ansures estar soñando. Para asegurarse trató de despertarse, y echándose una capa sobre los hombros corrió á la habitación del pagano. Todo volvió á quedar á oscuras. Cuando entró Ansures encontró á su cautivo sobre un monton de paja y que incorporándose con trabajo sobre sus brazos, con los ojos tristes, se quejaba de ser despertado en medio de su sueño.

Las paredes de la habitación estaban desnudas; el frío viento soplaba allí y hacia rechinar las ventanas. El caballero se adelantó y no encontró ni mesa, ni bujías, ni cena, ni platos: olfateó la atmósfera y solo sintió un olor que no era de rica y exquisita comida, sino de fetidez que exhalan las paredes húmedas.

Decididamente había soñado.

La noche siguiente la pasó Ansures toda entera en gemir, pensando que Sol iba á casarse con Vargas. Iba á llegar el instante en que debía presenciar su union.

Afligido con aquella angustia que le hacia mas pesada su miseria, que le impedía la dicha de presentarse ante la dama de sus pensamientos, se entregaba á la desesperación, cuando oyó una voz clara y distinta, que le distrajo, y que decía estas palabras enigmáticas.—Vamos, Pito, vuelve la hoja—aquella voz parecía salir de la cama del caballero. Alargó la mano hacia aquel lado.... nada.

Después de un minuto de silencio la voz volvió á decir.—¡Vuelve la hoja, Pito!—Después como murmurando continuó:—La conjuncion de los astres lo ha querido así, y aunque me ha tratado rudamente, y me hubiese dejado voluntariamente morir de hambre á no haberlo yo dispuesto de otro modo, quiero que sea rico y feliz: pero por mucho que ojeo este libro no penetro el arcano.... ¿Será impotente mi ciencia?

Y se volvió á oír el mismo estribillo:—¡Vuelve la hoja, Pito!

Ansures escuchaba con los oídos abiertos como los de una liebre perseguida. Cogió una linterna de que se había provisto con anticipación, la encendió, registró todos los sitios del cuarto, debajo de la chimenea, debajo de la cama,.... ¡Nada! Y por todas partes le perseguía la voz siempre á su lado, á tal punto que llegó á creer salía de la linterna ó de la manga de su camisa.

Una exclamación le detuvo.—¡Ah! decía la voz, gracias á la estrella Aldebaran y á mi amo Ben-Meli-Sader el gran mago! Está visto, ya hemos dado con ello.... La

obra está dispuesta á completarse si tiene firme voluntad.

Ansúrez, señor de Olmedo, se casará con doña Sol de Mendoza.... Vamos, Pito, vuelve la hoja!

Atacado de un temblor nervioso, con la frente empapada en sudor, el caballero reconoció la voz del sarraceno.

¿Pero la voz de donde salía? Así como el buen olor de la noche anterior había llegado hasta él á través de las paredes á pesar de su espesor; al través de la gran distancia, á pesar de la tormenta que en aquel momento azotaba fuertemente las ventanas y hacia temblar los techos del edificio, el sonido de la voz llegaba hasta él ahora. Lánzase sobre la ventana que da sobre la torre. De aquel lado la oscuridad era completa. No importa; vió que tenía que habérselas con un hechicero, pero aquel hechicero era dueño de su suerte: podía hacerle casar con doña Sol. De grado ó por fuerza era preciso que se la concediera aun cuando tuviera que obligarle con la punta de su espada.

Con la linterna en la mano y la espada debajo del brazo, atraviesa los corredores, trepa rápidamente por la escalerilla de piedra que dirige á la mansión de su cautivo. Pero al llegar se apaga la linterna: sin embargo, dando un empujon á la puerta se detiene lleno de estupor ante el cuadro que se le presenta.

Cubierto con su misma dalmática forrada de armiño, ante un velador en el que una lámpara encendida proyectaba un círculo luminoso, vió al cautivo sarraceno con un enorme libro en el que había escritos varios signos cabalísticos. Un gato con las patas le volvía las hojas.

Este era Pito.

Ansúrez no se atrevió á dar un paso.

Sin moverse de su sitio, sin volver la cabeza hacia él.

—Te aguardaba. Acércate, y cierra la puerta, le dijo el árabe. Pero deja fuera tu espada: el puño tiene forma de cruz, y la cruz no debe entrar aquí.

Estremeciéndose el caballero: quiso hablar y no pudo.

—Sé lo que aquí te trae, repuso el nigromántico, tus mas secretos pensamientos me son conocidos: quieres ser rico y poderoso á fin de casarte con una rica-hembra.... ¿quieres que te diga su nombre? Se llama doña Sol.

—Pero Sol va hoy mismo á ser esposa de otro, exclamó Ansúrez.

—Será tuya si te sometes á mis condiciones.

—¿Cuáles son esas condiciones?

—Escúchame bien: esa hija de los condes de Cuellar, señores de Sepúlveda y otros pueblos, no ha tenido para tí mas que indiferencia y desden. ¿Miento acaso?

Ansúrez bajó la cabeza.

—Tú la deseas para satisfacer tu pasión, tu amor propio. Para satisfacer ese sentimiento ¿son bastantes diez años? Es mucho. No importa, te los concedo. Pero pasados los diez años es preciso que tú me entregues á esa doncella hija de el conde que tan dura guerra ha hecho á los árabes mis hermanos....

El caballero dió tres pasos hacia atrás.

—¿Entregaras á mi Sol!.... ¿A mi muger!

—No puede ser tu muger sino aceptas este pacto, sino lo firmas con tu sangre.

Entonces cogió un pergamino y se lo presentó.

Ansúrez se quedó pensativo y meditabundo.

Diez años de matrimonio ya eran algo: tanto mas que el hechicero podría tener racon. Sol jamás le había mostrado cariño ni simpatía, tanto que sin pesar alguno se hallaba dispuesta á dar á otro su mano.

Escudriñando en lo último de su corazón, creyó hasta entrever que en el afecto que él tenía á aquella desdichada beldad había tambien un poco de odio.

—Aceptó:

—No basta eso; prosiguió el hechicero: necesito una prenda que durante los diez años te coloque bajo mi dependencia, me responda de tu buena fé. Despues roto nuestro pacto tendrás tiempo de arrepentirte, y aun de meterte fraile si quieres, como se dispone á hacerlo tu amigo Mendoza.

—¿Y qué prenda me exígis?

—Por el pronto reniega de Dios Padre.

—¡Desgraciado de mí! murmuró el caballero. Sois e mismo Satanás que venís á reclamar mi alma que en un día de culpable desesperacion os ofrecí.

—¿Qué te importa á tí quien sea yo, con tal que asegure tu felicidad en este mundo, y no te cierre las puertas del otro?

Ansúrez, no sin haber vacilado bastante tiempo, renegó de Dios Padre.

—¡Ahora reniega de Dios Hijo.

Tambien renegó de Dios Hijo.

—En fin, y es la última cosa que te pido. ¡Reniega de la Virgen María!

—Jamás.... ¡La Virgen!....—¡Una muger! ¡Ultrajar así á mi confidente, mi divina amiga, mi protectora y mi devoción especial!.... ¡Jamás! repitió Ansúrez en la mayor exaltación.

El pretendido árabe enseñó con el dedo el alba que iluminaba ya los patios, y disipaba las sombras alrededor del castillo.

—Pronto, le dijo, las campanas van á anunciar los desposorios de Sol con el caballero de Vargas.

—¡Hágase ese matrimonio! respondió Ansúrez enteramente resuelto: jamás renegaré de la Virgen á quien he tomado por mi santa protectora en el cielo: no lo espereis.

Nuestros dos personajes permanecieron de pié é inmóviles esperando cual de los dos cedería.

La lámpara iba palideciendo gradualmente á medida que iba aumentando la luz del día. Sin pronunciar una palabra el hechicero, estendió de nuevo su dedo hacia las ventanas donde ya daban los primeros rayos del sol.

Ansúrez se cruzó de brazos é hizo un gesto negativo. El tentador, sin interrumpir el silencio todavía, sacó de debajo de su dalmática un espejo de acero bruñado, y se lo puso delante de los ojos.

Lo que vió Ansúrez en aquel encantado espejo no fue su propia imagen, sino la de doña Sol. Acababa de despertarse apenas, y estaba en aquel momento sencillamente vestida, mas linda que hubiera podido estarlo con las mas ricas galas.

Nunca la había visto tan hermosa el pobre caballero. Con los ojos clavados en aquel acero que exactamente reproducia cuanto pasaba en el aposento de la hermosa doncella, vió á las camareras de esta primarla, rizar los cabellos, arreglarle las trenzas y los rizos segun la moda de

aquella época, mientras le preparaban los vestidos de boda cubiertos de riquísima pedrería.

—¡Cuán linda estaba Sol en aquel momento, y cuán hermosa iba á estar despues!

El pecho del señor de Ansures apenas podia respirar; brillaban sus ojos como dos ascuas ardiendo. De pronto se volvió enfurecido contra el sarraceno:

—Diablo ó hechicero, maldito seas, gritó: malditas sean las engañosas esperanzas que me has hecho concebir. No renunciaré á la santa Madre de los Angeles, de quien soy fiel devoto... adios!

—¡Aguarda! le dijo el misterioso habitante de la torre, alargando la mano hacia él. Tu obstinacion ha vencido la mia. Mudemos de condiciones. Te dispensaré del tercer reniego, pero en lugar de diez años solo pasarás tres al lado de doña Sol; ¡tres! ¿me entiendes? ¡Despues me pertenecerá!

En este nuevo pacto vió Ansures una ventaja para él; únicamente durante tres años iba á dejar en prenda su alma.

Aceptó el trato, y no sabiendo escribir hizo una cruz en forma de firma en el pergamino que le presentaba.

En aquel momento tocaron alegremente á vuelo las campanas.

Estremeciése el caballero.

—¿Estais seguro, dijo éste al que antes habia sido su cautivo, de poderme cumplir la palabra? ¿Cómo podreis impedir un matrimonio que va á verificarse dentro de un instante?

Sonrióse éste, le presentó el espejo de acero, y Ansures vió al caballero de Vargas con grande aparato, seguido de sus criados y ricamente vestido. Salia de una casa donde habia debido pasar la noche para ir á casa de su prometida. Examinaba con despecho el celoso la gracia con que iba Vargas en un soberbio alazán, haciendo escarceos, cuando vió que de un bote arrojó el caballo al ginete. Vió á su rival bastante mal parado y herido para poder pensar en bodas en un mes á lo menos, llevado entre cuatro á la casa de donde acababa de salir.

Al fin de aquella misma semana, el caballero don Juan Pedro Ansures con grande aparato, cumplia la promesa y el voto que tres años antes habia hecho á la hija del conde de Cuellar y señor de Sepúlveda. En medio de un lucido acompañamiento llevaba al moro hecho por él prisionero, riquisimamente vestido y con un magnifico turbante.

El sarraceno se arrodilló delante de doña Sol, y á una orden del caballero puso á los pies de la hermosa jóven un precioso cofrecito, todo lleno de perlas y de esmeraldas. Doña Sol creyó que aquel era el precio de su rescate, y en el acto le concedió la libertad.

No volvió á oírse hablar mas de él durante tres años.

Juan Pedro Ansures habia rescatado sus tierras y adquirido otras muchas mas. El rey don Juan II habia consentido por un buen servicio al dinero que le habia hecho, en devolverle su título de conde y el señorío de Olmedo, de que habia despojado á su padre el rey de Castilla don Enrique III.

La gente de la comarca se ocupaba mucho en discurrir cómo un hombre, que tan rico y poderoso habia vuelto de la guerra, vivió con tan gran miseria en su dismantelado castillo y su cautivo en la torre.

Lo atribuian á un voto. Discurrían tambien cómo su escudero Pata-corta trabajaba como un peon en el campo.

Tambien era un voto. Esta palabra daba solucion á todo.

Pronto se supo que el caballero de Vargas durante su enfermedad habia sido cuidado y asistido por una señora viuda muy diestra en curar toda clase de heridas y contusiones, y que en agradecimiento á su celo, á pesar de sus anteriores compromisos, se habia casado con ella.

Ansures aprovechó el momento para pedir la mano de doña Sol, y la obtuvo.

Tres dias despues teniendo en sus brazos á su muger, —Querida mia, la decia, ¿por qué en otro tiempo cuando por todas partes te seguia, y aun cuando fui armado caballero en la casa de tu padre solo tenias para mí indiferencia, desdenes y desprecios?

—Porque temia amarte demasiado.

—¿Por qué el dia que ofrecí traer á tus pies de la guerra un moro cautivo me miraste tan altiva y me volviste la espalda?

—Porque te amaba ya demasiado.

Tres meses despues el señor de Ansures gozaba de todos los bienes de este mundo. Tenia magníficos castillos, soberbios caballos, jaurias de perros, hermosos halcones y una jóven y lindísima esposa á quien adoraba y de quien era tiernamente correspondido.

Tres años despues Ansures agobiado por el pesar y atormentado por los remordimientos era el mas infeliz de los hombres. Lejos de haberse debilitado su amor á Sol se habia aumentado, y aquel mismo dia tercer aniversario de su matrimonio, debia entregar su muger al antiguo habitante de la torre, al maldito hechicero, al mismo Satanás, con quien habia celebrado el pacto fatal.

Al verle hacia algun tiempo enflaquecer y entristecerse, y pasar con su esposa de los transportes de la mayor ternura á los accesos mas inexplicables de cólera, Sol no se atrevia á contradecirle creyéndole atacado de una influencia fatal, que con su mansedumbre y sumision se esforzaba en apacar.

Desde los primeros albores del alba, Ansures habia oído la voz, aquella voz tan conocida de él, murmurar en su oído é indicarle el sitio de la cita. Era este el patio del antiguo y dismantelado castillo de Olmedo, ya magníficamente restaurado, y el punto la puerta de la antigua torre. Con una voz terrible Ansures dijo á su muger que se levantara, se vistiese y le siguiese.

Obedeció.

Caminaban juntos sin hablarse algun tiempo. Temia doña Sol escitar su cólera haciéndole alguna pregunta, y el temia no poder contener sus sollozos si le dirigia la palabra.

Al acercarse al castillo y pasar por delante de un bosquecillo inmediato,

—Aun, querido mio, se aventuró á decirle Sol, no he dirigido á Dios mi oracion de por la mañana, tan aprisa me he vestido por acompañarte. ¿Quieres aguardarme un momento mientras detrás de esos árboles rezo un instante de rodillas?

—Si, Sol, y ruega á Dios por los dos, le respondió Ansures volviendo la cabeza para ocultar una lágrima que corría por sus mejillas.

Y aguardó en el camino á que hubiese terminado su oración.

Casi al momento la vió venir hácia donde estaba aguardando, pero el rostro de Sol no estaba como antes, pálido é inquieto, brillaban sus ojos con un singular resplandor, su paso era firme, seguro, apenas tocaban sus pies el suelo.

Ansures cada vez mas turbado, continuaba su camino: despues no pudiendo contener su llanto y sus suspiros, agotadas sus fuerzas, se paró é hizo señal á su muger, ó al

Cuando Ansures recobró sus sentidos, halló delante de sí á la pretendida doña Sol presentándole el pacto que habia firmado con su sangre, pero que ella acababa de reconquistar y anular.

—Ahora, le dijo con una voz tan melodiosamente sonora que parecia oir un coro de espíritus angélicos, ve á buscar á tu muger que tras esos árboles concluye sus oraciones, y alégrate deno haber renegado de mí.

La Virgen habia tenido misericordia del que le habia



Doña Sol de Mendoza, la rica-hembra de Cuellar.

menos á la que tomaba por tal, de que se parase tambien. Pero esta sin hacer caso prosiguió rápidamente su camino sola dirigiéndose al patio del castillo de Olmedo y á la puerta de la torre.

Consternado el caballero la llama, decidido tal vez á arriesgar su salvacion eterna antes que llevar á cabo semejante sacrificio. Entonces oyó resonar un gran grito y sintió un fuerte olor á azufre.

permanecido fiel, aun cometiendo el gran crimen de haber renegado de Dios y de Jesus, y sustituyéndose á doña Sol mientras esta oraba en el bosque habia obligado á Satanás á devolverle su presa.

Este milagro de la Santísima Virgen estuvo pintado por mucho tiempo en una capilla de la iglesia mayor de Olmedo. Desapareció de allí en la invasion de los franceses en 1808.

Aun se enseña en los derruidos restos del castillo de Olmedo, un agujero en una torre que entre las gentes de país conserva el nombre del AGUJERO DEL INFIERNO.

El señor Ansurez hizo gran penitencia para reparar sus culpas: dió á las iglesias y monasterios todos los bienes mal adquiridos, hizo cerrar la torre maldita que ha-

monjas que ricamente habia dotado, y en el que murió en opinion de santidad.

Son muy frecuentes estas tradiciones de hechos portentosos en los siglos XIII y XIV, en que en casi todos los sucesos se hacia intervenir el poder directo del cielo ó del infierno, siglo de ignorancia empero en que ardía viva la fé,



La Santísima Virgen apareciéndose á Juan Pedro Ansurez.

bia servido de asilo al diablo. El caballero Ansurez volvió al ejército, peleó noble y valerosamente y murió sobre los muros de Baza al plantar en ellos el pendon santo de la Cruz.

Doña Sol se retiró á llorar su viudez y pedir por el descanso del alma de su querido esposo á un monasterio de

que produjo tantos y tan grandes monumentos religiosos y que hoy parecería su relacion una invencion de una imaginacion enferma si de padres á hijos no se hubieran transmitida como piadosas y verídicas leyendas.

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

AÑO XIV. 21.

SEGUNDA SERIE.—1856